



CAPITULO V

En la corte



AXIMILIANO, Emperador de México, etc.

» En atención á sus méritos y circunstancias y teniendo en consideración la propuesta de sus jefes respectivos, he venido en conceder la Cruz de la Orden Imperial de Guadalupe á los individuos siguientes en las clases que se expresan:

Comendadores...

Oficiales:

Sor Agustina Inza, hermana de la Caridad.

Doña María Josefina Fernández de Ubiarco, viuda de Jecker, condesa de Miravalles...»

Ya aguardaba el nombramiento, mas no puedo negar que la prueba de que el Emperador no me olvidaba, adquiriría una importancia especial en aquellos instantes y que no podía menos de regocijarme. Ya tenía pretexto

para solicitar una audiencia, ya gozaba en la corte de cierta aura política que no podía menos de llevar á buen puerto la barquilla de mi esperanza.

Leí ansiosa el periódico, pues sentí curiosidad de saber



D. MIGUEL MARÍA AZCÁRATE

quién había sido designado en mi compañía para gozar la ambicionada crucecilla. Había nombres de sujetos distinguidos, de oficiales franceses, de empleados y de funcionarios. Seguían después las designaciones de las damas de Palacio: — Concha Lizardi y Faustina Gutiérrez Estrada — y de tres chambelanes, don Antonino Morán, marqués de Vivanco, Felipe del Barrio y Pedro Elguero. Un coro-

nel que yo no había oído mencionar nunca (un tal Ramón Méndez) y que á creer lo que decía el periódico oficial estaba lleno de méritos, porque había subido desde simple soldado hasta los grados superiores, era designado para ayudante de campo de S. M. Terminaba el decreto nombrando al obispo de Tamaulipas, don Francisco Ramírez, para Limosnero Mayor de la Casa Imperial, y á Azcárate, Miguel María, para Prefecto político de México.

Esto de Azcárate, Miguel María, era cosa de intrínquilis, pues el prefecto se firmaba así, al contrario de lo que hacen las demás gentes del mundo, por la potísima é indestructible razón de que primero había sido Azcárate que Miguel María, pues en la vida intrauterina ya llevaba apellido y los nombres se los puso después el cura, al darle la *salis sapientie*...

También se registraban decretos concediendo amnistía á los detenidos, á los presos y á los sentenciados por delitos políticos, «á fin de dar una muestra de interés que le inspiraba al Emperador la desgracia de los que existen en las prisiones del imperio», y destinando «cinco mil pesos de la caja particular del Emperador á sacar de las casas de empeño y á devolver á los pobres las prendas que éstos habían tenido necesidad de empeñar para atender á sus primeras y más urgentes necesidades».

Ya estaba hecha á ver todos los días cosas semejantes, pero aquél había algo distinto en lo que se hallaba á la

vista, y fijándome en los últimos decretos vi que movía la imperial munificencia y el no menos imperial perdón el caso memorable de ser á poco el cumpleaños de S. M.

El día seis, desde antes del alba, ya estaba en pie: tenía que vestirme, que desayunarme y que estar presente en el tocador de la Emperatriz, que asistiría al *Te Deum* en la Catedral. Hice mis abluciones, y al sacar de mi armario la mantilla y la divisa, que debía llevar conmigo, me sorprendí encontrando entre los estuches de mis alhajas uno desconocido y que tenía mi monograma en la tapa.

Me acerqué á la ventana, oprimí el resortito y me encontré dentro del estuche una cruz de oficial de Guadalupe con su roseta de brillantes, una cinta violeta y azul, una banda tricolor y un collar de oro confeccionado con arreglo á los cánones de la orden. Dentro no había papel, carta ó tarjeta que indicaran el origen del regalo, ni huella de persona que hubiera puesto aquello en mi secreter; pero no se necesitaba ser adivino para figurarse de dónde provenía todo; mi adorado Aquiles había sido el autor de aquella delicadeza que delataba su galantería, pero que significaba un enorme quebranto para su escuálido bolsillo. Las alhajas debían de valer tres ó cuatro mil pesos, y el pobre teniente coronel, atenido á su soldada, no podía haber sacado aquello de parte alguna sin endeudarse por toda su vida. ¡Pobrecillo Aquiles!

Luego que saqué el collar apretado de diamantes, que

unas veces á la par y otras alternadamente lanzaban sus reflejos irisados; cuando me hube puesto al cuello la roseta adornada con un brillante de gran tamaño, y contemplado la Guadalupana de esmalte finísimo, el águila coronada y la inscripción «Al mérito y virtudes», besé todo con transporte que me salió del corazón, lo guardé en su sitio y seguí vistiéndome.

Cuando pude abrir el balcón, los pájaros piaban todavía en lo alto de los árboles; las casas de la Diputación y Mercaderes estaban guapas y coquetas por haberles lavado el rostro el aguacero que primero desapoderadamente, después en gotitas discretas y tenues, había caído sin parar desde las diez de la noche; los pregoneros y los carros empezaban á pasar por el empedrado áspero y maltrecho; las campanas de la Catedral y de los conventos llamaban á misa como dialogando y enviándose noticias: «Ea, no os molestéis más, que vienen aquí todas las beatas de la ciudad». — «Ya va á empezar la misa y nosotros os llevaremos la delantera». — «Cuidaos de guardar vuestra clientela, que la misa que aquí se dice es la más corta». — «La nuestra es más larga, pero se puede durante ella descabezar un sueñecico». — «¡Calla, chismosa!» — «¡Ten la lengua, enredadora!» — «¡Hereje!» — «¡Canalla!» — Y cuando la confusión entre el tintineo agudo de uno de los bronces y el acompasado del otro se enredaba cabalgando una nota sobre su contraria, predominando ésta sobre aquélla, opa-

cando las dos á las campanitas más distantes y rompiendo el tímpano en competencia, sonó por la esquina un ruido que no dejó oír más la disputa de los bronces: el de una música militar estruendosa y alegre que apenas consintió escuchar el grito del clarín que mandaba una evolución. Era un cuerpo de zuavos que venía desde Porta Cœli, brioso, lucido, elegante y noble.

Pasaron primero los músicos barbudos, de grandes ojos, aplicando todo su esfuerzo á soplar ya en las cañizuelas de los flautines y los clarinetes, ya en los tubos enredados de los trombones, ya en los caños redondos de los fagots, en que era menester meter medio cuerpo para alcanzar la embocadura gorda y sonora. Venían luego el coronel viejo, manco y de aspecto feroz, lleno de condecoraciones y seguido de oficialillos barbiponientes: poco más allá apareció la bandera, desgarrada, con el águila hecha pedazos y el asta deslucida y rota. En seguida caminaban los zuavos, alegres, guapos, llenos de bríos y de tranquilidad.

Pasaron batallones y batallones, regimientos y regimientos, y al último apareció, galán y hermoso como el sol que salía en aquel instante, el imán de mi alma, mi Aquiles de mi corazón, caballero sobre un caballo negro que marchaba caracoleando y que alzó la cabeza poderosa é inteligente cuando el teniente coronel me saludó con su espada.

Me entretenía en ver pasar los coches que conducían al gobierno y á las autoridades, cuando oí que tocaban á mi puerta suavemente. Al ordenar que pasara el que tocaba, vi abrir la puerta á un fraile con hábito de color de café, de edad como de cincuenta años, bajito, brava testa,



buenos ojos y andar determinado: era fray Tomás Gómez, el primer maestro de español de Sus Majestades.

— Extrañará, señora, me dijo, esta irrupción matinal en su cuarto; pero como sé que tiene que cumplir deberes al lado de la Emperatriz, que estar en el besamanos y en el ambigú y que asistir á la comida... en fin, quehacer para todo el día... determiné venir á hablarle de un asunto

que me interesa mucho, porque mucho interesa á un hermano mío en religión... ¿Qué idea tiene usted del padre fray Rafael Robles, de la orden seráfica?

— Me pone en aprietos el señor capellán, pues en realidad no tengo idea ninguna acerca del padre Robles... Le he visto una ó dos veces, le he oído hablar media docena de palabras, le creo un buen hombre y nada más... Dicen que es arqueólogo; lo será, pero como yo no cultivo esa ciencia interesantísima, nada tengo que hablar en favor ni en contra del hermano de Vuestra Reverencia.

— Parece que Robles ha escrito ó está escribiendo un libro en que expone el sistema de explicación de jeroglíficos que ha inventado y que es una maravilla... No sé, pero tengo la idea de que juntamente la historia sagrada y la profana, la Biblia y la Mitología, lo pasado y lo actual, se contienen en esos maravillosos papeles que usted ve con tanto desprecio...

— Bien puede ser, Padre, pero yo nada sé.

Iba á levantarse fray Tomás, pero de seguro tenía ganas de charla, pues continuó con unción:

— ¡Los altos juicios de Dios! ¿Quién habría creído, si se lo hubieran contado, que Tomás Gómez vendría á dar á México como capellán de Sus Majestades, nada menos que treinta años después de haber salido de su patria? Yo soy alicantino y entré al noviciado en un monasterio de la regla de N. P. S. Francisco, en un lugarejo del reino de Va-

lencia. Profesé allí, y tenía apenas veinte años cuando se desencadenó la horrible tempestad que hizo salir de sus conventos á los religiosos que por casualidad pudieron salvar la vida... Pero la vocación me tiraba, y no queriendo secularizarme ni esperar el restablecimiento de la orden seráfica, salí para Italia en un buquecillo que hacía el tráfico de Levante; de limosna llegué hasta Roma, besé la sandalia de Su Santidad, y llevando en el bolsillo cartas que me entregó el cardenal secretario de Estado, toqué á la puerta de un convento de franciscanos en Florencia.

Llevaba allí buen tiempo, había conquistado fama y crédito, me contaban entre los Padres graves de la provincia de Toscana, cuando recibí invitación para pasar al castillo de S. M. á enseñarle la lengua española. No puedo ponderarle los rápidos progresos que hicieron los Archiduces en unos cuantos meses; básteme decirle que cuando cualesquiera otras gentes hubieran estado balbuceando la lengua, ellos ya la hablaban con soltura y primor... Pedí licencia para tornar á mi celda, pero Sus Altezas (que nada más eran entonces), lejos de darme la venia me propusieron continuar como maestro de toda la servidumbre que pensaba traer acá. Acepté y cátrate al fraile hecho periquito, es decir, enseñando á toda la gente de Miramar: hasta á autor me metí, pues queriendo ahorrarle trabajo á mi lucida clientela, redacté una gramática española é italiana que dió buenos resultados... Me retiré por fin, á